

Almacén de Memorias

La memoria cree antes de que
el conocimiento recuerde.
W. Faulkner

Si pensamos en la función que cumple un almacén, podemos imaginar desde una tienda departamental, hasta una gran bodega. El objetivo es tener espacio libre para guardar objetos que posteriormente podríamos utilizar, vender, exhibir, regalar, etc.

Encontré un almacén del cual quisiera tener todo, sin embargo, no puedo llevarme nada, ya que se trata de un almacén de imágenes fantásticas e inesperadas. La dueña se llama Paula Haro y lo ha conformado a lo largo de muchos años. Pero me interesa lo reciente; lo que sus ojos han encontrado hace poco tiempo. Mirar estas imágenes es una forma de seguir las huellas de Paula por un camino... hay pistas por si alguien trata de recorrerlo. No hay una ruta definida, por eso me gusta.

Si te invita a conocerlo es un poco como jugar a la “Memoria”. Destapas una carta y miras qué hay, la volteas de nuevo y la pones en su lugar. Si encuentras el par, te las llevas, si no... sigues jugando. Pero seguir jugando tiene su riesgo, ya que estando desprevenido uno se puede topar con imágenes muy fuertes; y digo fuertes en el sentido de que capturan una realidad, que no siempre es la que nos gustaría ver. ¿Y qué hacer con lo que hemos visto? ¿dónde almacenarlo nosotros mismos?

Las imágenes guardadas nos permiten evocar recuerdos, volvernos a instalar de alguna manera en el momento en el que vivimos algo. Sentir de nuevo, pensar de nuevo... y al regresar en el tiempo, tener la posibilidad de cambiar, de mover algo e interferir en una secuencia de sucesos, o bien, dejarlos tal como sucedieron. Quizá sin intención, las fotografías de Paula producen una tentación; la de querer cambiar el curso de una historia.

En mi recorrido encontré unos pies calzados que cuelgan de un columpio en el Centenario, a mujeres zapatistas armadas, unos animales casi mitológicos hechos expresamente para un carnaval, motocicletas montadas por enamorados o por familias enteras, la entrada de una casa del centro de la ciudad, que con un marco rosa de corazón hecho en cemento te recibe y te invita a contemplar cada objeto coleccionado por el dueño.

Porque tengo la seguridad de que Paula prefiere pedir perdón que permiso, creo que sus fotografías son imágenes bien simples que atrapan en segundos una historia. Es como una “encontradora de momentos” de la vida de los otros. Tiene una facultad oculta y silenciosa, la del buen observador; despacio saca su cámara, dispara y atrapa lo que quería conseguir.

Este almacén de memorias me parece tan valioso porque incluye la ironía, el humor, la frescura, la tristeza, la prisa, lo cómico; pero sobretodo, lo espontáneo, lo inmediato. Las imágenes de Paula no están planeadas, sino que lo rico en ellas es como una ausencia de intención. Es la realidad, tal cual. Su ojo no busca modificar una escena para hacerla más bella ni más placentera, sino que denuncia todo el tiempo lo que está pasando allá afuera, allá lejos, allá adentro de una casa, donde por lo general nadie la invitó a pasar.

La memoria de una computadora es un almacén que guarda datos para recuperarlos posteriormente... palabras, imágenes, sonidos. Existe también la memoria de acceso aleatorio, cuyo nombre me encanta, pues sugiere la forma del recorrido que uno puede hacer en el almacén de Paula. Esta memoria es divertida porque como puede leerse también puede escribirse en ella y tiene la característica de ser volátil; sólo opera mientras esté encendida la computadora. Así pues, se trata de una memoria que a su vez aloja otras memorias.

Hoy confiamos en las memorias de nuestras computadoras para que guarden, clasifiquen e incluso modifiquen la información que en ellas almacenamos. Esto es bueno y no. Es bueno porque tenemos todos los detalles de una imagen, porque esas memorias no se perderán. Pero ¿seguimos teniendo voluntad de lo que realmente queremos conservar en nuestra memoria?

Ha sido la fotografía el medio que le ha permitido a Paula apropiarse de tantas historias, que en un extraño orden pasan a formar parte de su almacén. En mi breve estancia en Yucatán, he tenido el placer de descubrirlo.

Genoveva De La Peña